



ISTITUTO PIA SOCIETÀ  
FIGLIE DI S. PAOLO  
CASA GENERALIZIA  
Via S. Giovanni Eudes, 25  
00163 Roma  
Tel. 06.661 3039 - Fax 06.661 57 208



Queridas hermanas:

Nos llega la noticia que a las 1,58 (hora local), en el Hospital "Tokyo saiseikai central" (Japón), ha sido llamada a vivir para siempre la intimidad con el Padre, nuestra hermana

**SUZUKI HIROKO Sor M. AMABILIS**  
**nacida en Tokio (Japón) el 15 de agosto de 1929**

En su pequeñez, humildad, bondad y simplicidad, Hna. M. Amabilis ha sido una gran misionera paulina. En los años Noventa escribía a la Superiora general: «Siento un fuego en mí para empeñarme en la santificación y en el apostolado...».

Deseosa de cumplir siempre y sólo la voluntad del Señor, ha donado con alegría toda la vida dejándose guiar por la obediencia y los eventos. También sus últimas palabras han sido un gesto de plena donación: «Hasta el final deseo ofrecerme totalmente a ti ¡Oh, Dios, ayúdame!».

Entró en Congregación en la casa de Tokio, el 30 de junio de 1954, dos años después de haber recibido el bautismo. Se empeñó enseguida en la difusión en Tokyo y en Nagoya. Vivió en Tokio el noviciado que concluyó con la primera profesión, el 1º de julio de 1958. De joven profesa, continuó a donarse en Nagoya y en Tokio en la cocina, en la "propaganda" y ayudando a la Sociedad San Pablo.

En 1966, partió como misionera a Pakistán. En las comunidades de Karachi y Lahore aprendió la lengua y se dedicó al anuncio del Evangelio a través de la librería y la difusión capilar. Pero como no le fue renovado el visto, debió regresar a Japón. En Sendai, Tokyo y Kagoshima, se prestó con alegría en varias formas de apostolado y en los servicios comunitarios. En Nagoya fue, superiora local por un trienio.

Pero el fuego de la misión continuaba a arder en su corazón. Ya en 1978, había pedido partir a Tanzania, pero su deseo no fue escuchado. Escribía: «No tengo ningún talento ni capacidad, pero tengo la buena voluntad de ayudar con lo que puedo. Sería feliz si pudiese ser útil también sólo hasta cuando no hayan vocaciones del lugar».

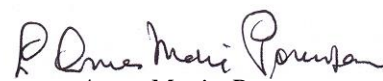
En 1985, aceptó la propuesta de la superiora general de ir como misionera a Kampala (Uganda). Con simplicidad, gran laboriosidad y discreción, se insertó en la cultura africana, compartiendo la pobreza y los sufrimientos de una nación apenas salida de la guerra. Por catorce años, se desgastó en aquella comunidad, acogiendo con alegría las fatigas de la misión y difundiendo a su alrededor espíritu de comunión y amor al carisma paulino. Al regresar a Japón, continuó a desgastarse en las comunidades de Nagasaki, Osaka, Sapporo y Tokio.

En el año 2010, en ocasión del Seminario de las Formadoras, daba este testimonio: «Dirigiendo la mirada a mi pasado, pienso que todo aquello que he podido hacer, ha sido por gracia divina. Frente a las diversas situaciones, a los acontecimientos y a las necesidades apostólicas, no siempre he tenido la preparación y los conocimientos técnicos adecuados. He aprendido también de la necesidad, dedicándome con fatiga en los varios trabajos. La gracia de Dios, me ha sostenido y ayudado siempre, a superar de algún modo, cada dificultad... Reavivo el deseo de orientar todo a Cristo viviendo bien los días de mi vida... Lo que siento fuerte en mí es ser transformada, a tal punto que Cristo viva en mí y yo pueda llegar a ser un instrumento del Evangelio».

Desde el año 2014, su salud comenzó a declinar después de una intervención quirúrgica al intestino recto y a la metástasis que comenzaba a invadir su organismo. En noviembre de 2018, había confiado a la superiora provincial, sus últimos deseos: «Siento solo gratitud al Señor y a la Congregación. He tenido el don de tanto tiempo para prepararme a la muerte. En este tiempo he podido profundizar los escritos del Primer Maestro. Siento tanto reconocimiento por la vocación recibida... Deseo orar por la Congregación, las hermanas, la salvación de todos y por el Capítulo general».

También nosotras agradecemos a esta queridísima hermana por su testimonio, su amor y su fuerte espíritu misionero. La palabra que ha marcado toda su vida, la acompaña en la liturgia del cielo donde une su voz a la de los ángeles: «Cantaré eternamente el amor del Señor, proclamaré tu fidelidad por todas las generaciones» (Sal 89,2).

Con afecto.

  
sor Anna Maria Parenzan  
superiora general

Roma, 22 de mayo de 2019.